

Documento N°	0012.00
Ingreso:	
<input type="checkbox"/>	C-1

ENCUENTRO DEL SEÑOR CARDENAL ARZOBISPO CON EL PRESBITERIO DE SANTIAGO

Oh Señor, haz de mi un instrumento de tu paz:
Donde hay odio, que yo lleve el amor
Donde hay ofensa, que yo lleve el Perdón
Donde hay discordia, que yo lleve la Unión
Donde hay duda, que yo lleve la fe.
Donde hay error, que yo lleve la Verdad
Donde hay desesperación, que yo lleve la Esperanza
Donde hay tristeza, que yo lleve la Alegría
Donde están las tinieblas, que yo lleve la Luz.

Oh Maestro, haz que yo no busque tanto:
Ser consolado, sino consolar
Ser comprendido, sino comprender
Ser amado, sino amar

Porque:

Dando, se recibe:
Perdonando, se es perdonado:
Muriendo, se resucita a la Vida Eterna.

Muy queridos hermanos sacerdotes:

Con estas palabras de la "Oración de San Francisco" he querido comenzar esta sencilla reflexión, hecha en este clima de oración en que nos encontramos reunidos. Con estas palabras que transparentan tan claramente el Espíritu del Evangelio, que nos producen paz y que nos invitan a construir la paz. Con estas palabras que para algunos, según los criterios meramente humanos, pueden resultar una locura o una necedad, como decía el Apóstol; porque en verdad son palabras que nos invitan a asumir la Cruz, a vivir como el Crucificado, a pensar, a sentir, a actuar como el Señor Jesús, nuestro Maestro y Salvador.

1. NOS ENCONTRAMOS EN UN MOMENTO DELICADO

Nos encontramos en un momento delicado. En diversas circunstancias hemos podido palpar el odio, la ofensa, la discordia, la duda, el error, la desesperación, la tristeza, las tinieblas. Y justamente en estas circunstancias, como siempre, el Señor nos llama, con San Francisco, a poner amor, perdón, unión, fe, verdad, esperanza, alegría, luz. No es fácil este camino. No estamos nosotros ajenos a la limitación, a la debilidad, al pecado. ¿Cómo quisiéramos muchas veces aprisionar al Señor en nuestro corazón, retenerlo junto a

nosotros! Pero a veces sentimos como si se nos fuera, como si estuviéramos solos, sin luz ni fortaleza para seguir en su camino. Por eso he querido reunirme en oración con ustedes, que son mis más cercanos colaboradores en el ministerio pastoral. Con ustedes que están llamados a ser uno con el Obispo, como signo e instrumento de la unidad de la Iglesia, como signo e instrumento también de la unidad de nuestro pueblo.

En presencia del Señor deseo abrirles mi corazón y compartir mis sentimientos. En presencia del Señor y con su ayuda quiero invitarlos a asumir con amor, con los mismos sentimientos de Cristo, todos los acontecimientos que nos haya tocado vivir, especialmente los más recientes. Les repito que no es fácil. A mí personalmente me cuesta. Pero nos consuela y nos sirven de estímulo esas palabras del apóstol Pablo: " Todo lo puedo en Aquel que me conforta". Y también aquellas otras del cántico de María: "el Señor enaltece a los humildes".

1.1. Me preocupa Chile.

Estoy preocupado por Chile. Sólo en los últimos días han muerto varias personas, víctimas de diversas formas de violencia. Se ha cometido un grave atentado en contra de la persona del Sr. Presidente de la República, resultando muertos algunos miembros de su escolta. Otras personas también han sido muertas en condiciones dolorosas, igualmente condenables y por desgracia no totalmente aclaradas. Se habla de guerra, de guerrilla, y no pocas personas padecen temor, inseguridad, angustia, desesperación. También han sufrido amenazas algunos miembros de nuestra Vicaría de la Solidaridad; y han tenido que soportar momentos muy duros en esa vida que generosamente entregan para el servicio de los demás.

El país ha entrado de nuevo en Estado de Sitio. Hay restricciones en la información, hay una serie de personas detenidas. Sin una explicación suficiente se ha allanado casas religiosas y parroquias. No dan razones. También han sido detenidos algunos sacerdotes de esta Arquidiócesis de Santiago, como bien sabemos. Y, con dolor decimos, tres de ellos han sido expulsados del país por orden del Ministerio del Interior. Se pidió, entonces, que se retiraran voluntariamente o que yo los hiciera salir. Eso habría significado aceptar que eran gravemente culpables de producir subversión en la población. Por cierto que yo me negué absolutamente y rechacé tal proposición.

1.2. Me preocupa la Iglesia.

Estoy preocupado por nuestra Iglesia. En este momento Ella es blanco de acusaciones y de incomprendiones. Algunos consideran que en el quehacer de miembros de la Iglesia, confundida con la labor pastoral incursionan indebidamente en el acontecer político. Así lo afirma, por ejemplo, la Declaración de Dinacos (del 12.09.86) para justificar la expulsión de los tres sacerdotes

franceses. Ahí se señala que esta medida ha sido tomada por "múltiples y públicas actuaciones indebidas de los mismos". Y agrega que "el Supremo Gobierno se permite nuevamente reiterar a la autoridad eclesiástica sus numerosas representaciones preventivas sobre comportamientos politizados y de carácter subversivo de miembros del clero nacional y extranjero".

Hay otros que nos acusan - y particularmente al Pastor que les habla - de actuar con demasiada debilidad. Creen, por ejemplo, que en el caso de la expulsión de nuestros hermanos sacerdotes no hicimos lo suficiente. Esa no es la realidad y así lo atestiguan las primeras declaraciones del Padre Pierre Dubois. O bien, esperan que respondamos al poder con otras formas de poder. Unos y otros quisieran guiar al Pastor en sus actuaciones, y no se contentan hasta que él se comporte de acuerdo a sus expectativas.

Sin embargo, y quiero darle gracias al Señor por esto, creo que hay muchas personas y comunidades que comprenden al Pastor, que siguen fielmente sus orientaciones y lo apoyan fervientemente en su gestión orando por él. Con especial gratitud, y lo digo con mucha verdad y sencillez, quiero dar gracias al Señor ante ustedes por el cariño y el apoyo que siempre me ha brindado el Santo Padre Juan Pablo II. Con emoción escuché hace pocos días de sus labios: "Usted Sr. Cardenal siga adelante, tiene la confianza y el apoyo del Papa".

Queridos sacerdotes: yo comprendo la impaciencia y el dolor. Comprendo y trato también que mis colaboradores compartan conmigo sus inquietudes personales y pastorales. No dejo de comprender, además que, en días de confusión y de temor por el futuro, muchos se vuelvan hacia la Iglesia y algunos quisieran que Ella asumiera roles que, en tiempos de mayor normalidad, deben asumir los servidores públicos en otro ámbito de cosas. Lo comprendo, pero me preocupa porque en todas estas materias se pone en juego la identidad y la unidad de la Iglesia, por las cuales el Pastor tiene obligación de velar con fidelidad.

1.3. Me preocupa nuestro ministerio.

Me preocupa nuestro ministerio sacerdotal. Quizás es fácil criticar a los pastores, a los Obispos y sacerdotes. Es fácil también exigirles más de lo que humanamente pueden dar. Yo doy testimonio, con gozo y admiración, de la abnegación y del sacrificio de nuestro presbiterio, de la sobriedad de vida, del cansancio y del agobio que muchas veces sentimos, junto a la impotencia de no poder dar más.

No somos perfectos. Tenemos muchas limitaciones y hemos tenido que asumir tareas evangélicas que quizás nunca imaginamos. Por eso estoy consciente de que muchas veces tenemos que pedir perdón, y de que, a veces, por el trabajo extraordinario que pesa sobre nuestras espaldas, abandonamos nuestros tiempos de descanso y hasta descuidamos el tiempo suficiente y necesario para la oración. Comprendo que, a veces, esto puede deberse a ese profundo deseo de amar y de servir que caracteriza la vocación de nuestros sacerdotes. Pero hoy los invito a que nos revisemos en nuestra relación con el Señor; que no caiga sobre nosotros ese suave pero claro reproche de Jesús a Marta, que se afanaba por muchas cosas, pero posponiendo lo principal, lo que nunca le será quitado.

1.4. Me preocupan los sacerdotes misioneros y los que trabajan entre los pobres.

Mi preocupación se dirige, sobre todo, hacia quienes realizan su ministerio en los barrios más marginales, o en los lugares más apartados del campo y de la ciudad. Varios desarrollan su labor, aún con riesgo personal, defendiendo y promoviendo la dignidad de los más pobres. A todos los llamo a tener una especial preocupación fraterna por estos hermanos sacerdotes. Es hermoso ver compartir la vida, la fe y hasta los bienes materiales, entre los hermanos de un mismo presbiterio. Sólo la lejanía de los lugares en que desarrollan su apostolado justifica el vivir alejados unos de otros.

Lo anterior no desconoce las limitaciones y los errores. Todos los cometemos. Por eso, con humildad debemos examinarnos cada cual ante el Señor, y aceptar o realizar una corrección fraterna para enmendar lo que fuera necesario, pero siempre guiados por los sentimientos de Cristo, por su manera de pensar y de hablar, buscando el bien y la edificación de los demás. Sin embargo, lo confieso, me duelen en carne propia las críticas e incomprensiones que sufren los sacerdotes de mi presbiterio. Hace pocos días, en el Cuartel de Investigaciones, cuando hacíamos una oración al Señor junto a mis Vicarios Generales y a Pierre, Jaime y Daniel - minutos antes de que partieran - sentía que me arrancaban como algo propio de mi vida. Ellos, y muchos otros sacerdotes que han venido del extranjero para servir a nuestra Iglesia, son parte de nuestra comunidad, son miembros de nuestro cuerpo y nosotros los amamos. A los aquí presente y a los que escuchen estas palabras con posterioridad, les reitero mi gratitud. No se trata, repito, de no reconocer o de no corregir limitaciones o posibles errores. Se trata de hacer resplandecer la verdad en su real dimensión; años de sus vidas han entregado a nuestra Patria y a nuestro pueblo.

2. QUEREMOS BUSCAR LA VOLUNTAD DEL SEÑOR

¿Qué es entonces, según el Evangelio de Jesucristo, lo que debemos

hacer? ¿Cuál es la voluntad de Dios para nosotros como Iglesia en este momento determinado, y pensando también en el mañana? ¿Qué es lo que nos pide el Señor para serle realmente fieles y evangelizar a tantos que se nos han encomendado? En esta oración le hemos pedido luz y fuerza para proceder según Su Corazón. Para dejarnos penetrar por Su Espíritu. Para cambiar, si fuera necesario, nuestras propias perspectivas u opiniones, como un paso de conversión al Señor, como una manera eficaz de construir en nuestra verdadera identidad y en nuestra indispensable unidad.

2.1. La misión de la Iglesia es trascendente.

En primer lugar quiero recordar ante ustedes algo que el Santo Padre me señaló con mucha insistencia, cuando me recibió hace pocos días en Castelgandolfo, nunca debemos olvidar, me decía el Papa, lo trascendente de nuestra misión, de nuestra evangelización. Así debe entenderse, por ejemplo, me agregaba, la visita del Papa a Chile: en todos los países hay situaciones contingentes más o menos complejas y, sin duda que el Papa no está ajeno a ellas. Pero su visita va más allá. Hay que insistir en el valor trascendente de la labor de la Iglesia, me repetió varias veces.

Quiero ser muy sincero. Estoy consciente que para algunos o para muchos les resultará incomprensible, en estas circunstancias dolorosas para la Iglesia, el hecho de ver, a través de la prensa o de la Televisión, la imagen de su Pastor con autoridades de Gobierno que duramente han criticado a la Iglesia. Es posible también que algunos medios de comunicación utilicen esas imágenes para fines que no corresponden a la realidad de las cosas. Pero quiero decirles que debemos hacer un especial esfuerzo por buscar y discernir la voluntad de Dios, para tener un comportamiento cristiano y contribuir a la construcción de nuestra Patria, que está por sobre las contingencias de un momento determinado.

2.2. La actitud del Pastor.

Por mi parte, creo que la actitud de un Pastor, siguiendo el camino de Cristo, es la del que busca la salvación de todos y que nunca deja de ofrecer la posibilidad de acercamiento, de arrepentimiento, de reconciliación. Así actuó el Señor Jesús. Y no por eso dejó de decir, siempre con amor, las verdades que correspondían en cada caso. Así actúa el Santo Padre, que recibe en audiencia a múltiples personalidades y visita numerosos países donde existen las más diversas situaciones e ideologías. Y esto no quiere decir que Juan Pablo II apruebe todo el pensamiento o el comportamiento de sus interlocutores. Así actuaron también todos mis antecesores en el Arzobispado de Santiago, quienes, enfrentados a numerosas situaciones difíciles siempre

celebraron un Tedéum el 18 de Septiembre para orar por la Patria. El Tedéum no se identifica con uno u otro Gobierno que esté en el poder en un momento determinado; y, como señalara recientemente el Presidente de la Conferencia Episcopal de Chile, Monseñor Bernardino Piñera C., "estimo que es una cosa justa y legítima...No creo que las tradiciones, sobre todo una que tiene casi dos siglos de existencia, deba ser alterada por las contingencias políticas, que son pasajeras", aunque sin duda nos afecten y nos duelan especialmente en estos momentos como es el caso de la Iglesia de Santiago. La celebración del Tedéum que yo haré tendrá, por tanto, un pleno sentido de oración por nuestra Patria.

He escuchado muchos pensamientos. He recibido muchas cartas y comunicaciones. Después de todos estos acontecimientos esperaba un gesto de la autoridad que animara la Patria. Y en vez de eso se habla de guerra. ¿Pretenden acaso que yo haga lo mismo con la Iglesia? No. Yo pienso que mi deber es levantar a la Iglesia muy arriba y hacer lo que han hecho mis antecesores: orar por nuestra Patria y velar por la independencia que debe tener la Iglesia frente a los poderes públicos.

2.3 Unidad y fidelidad.

En este punto quiero pedirles una especial unidad y fidelidad. Como les decía al comienzo, muchas veces no es fácil seguir el camino de Cristo. Es una percepción meramente humana de las cosas somos tentados de responder a una decisión fuerte con otra decisión equivalente o más fuerte aún. Pero tenemos que buscar el camino del Señor; ese que nos pedía la Primera Carta de Pedro hace pocos días en la oración de Vísperas: "Procurad todos tener un mismo pensar y un mismo sentir: con afecto fraternal, con ternura, con humildad. No devolváis mal por mal o insulto por insulto; al contrario, responded con una bendición, porque vuestra vocación mira a ésto: a heredar una bendición".

3.- VIVIMOS UNA HORA DE PASION.

Queridos sacerdotes: cuando vivimos una hora de pasión, una hora de cruz, no tenemos mejor modelo para asumir esta hora que los pasos de Jesús. El nos revela una manera nueva de vivir, de amar, de servir. El tiene una lógica diferente a los criterios de este mundo; y en El y en su Espíritu, nosotros hemos puesto y debemos poner toda nuestra confianza. Ser Iglesia, vivir la Iglesia es poner nuestra mirada en el Señor y seguir sus enseñanzas. Y en la hora de la Cruz

El no se presenta prepotente, sino como el Servidor humilde que ocupa el último lugar para asumir y redimir los dolores de su pueblo. No pretende eruirse con poder ante los hombres; responde al poder con mansedumbre y humildad. Su fuerza está en la verdad de su vida y en la calidad de su amor. Su ofrecimiento es para la salvación de todos los hombres y su perdón busca la respuesta de todos los corazones. Esta es la actitud con la que El vence al mundo y manifiesta a todos nosotros el amor extrañable de Dios. Estas son las actitudes que le pedimos forme en nuestro presbiterio, reunido con su Pastor, para así ser instrumentos veraces y eficaces de la paz, de la reconciliación, en nuestra Patria.

El Señor nos llama a ser muy claros ante los problemas o situaciones que nos agitan. Brevemente quisiera expresar algunas reflexiones:

3.1 La Iglesia repudia el terrorismo.

La Iglesia repudia el terrorismo. Ella sabe que no es un camino aceptado por el Señor y que a nada positivo lleva a la humanidad. Una vez más yo condeno estos actos de destrucción y muerte. Por eso, en declaración del Comité Permanente del 10 de Septiembre, los obispos de Chile, hemos repudiado enérgicamente el atentado contra el Sr. Presidente de la República y hemos lamentado con dolor la muerte de varios miembros de su escolta. Con la misma energía condenamos y pedimos que se aclare lo ocurrido, estos últimos días, con varias personas, sacadas brutalmente de sus hogares por grupos organizados y después encontradas muertas.

3.2. La Iglesia repudia la guerra y la guerrilla.

La Iglesia no quiere la guerra ni la guerrilla. Con el Comité Permanente reafirmamos, una vez más, "que la paz de Chile no se logrará planteándola en términos de violencia y de guerra, sino permitiendo a todo el pueblo chileno expresarse con libertad y responsabilidad, y participar activamente en la construcción de una Patria justa y fraternal". Por esta razón pedimos "a los chilenos quitar de sus corazones todo odio, temor o deseo de venganza, y cumplir con su deber; con serenidad y valentía, en forma digna y pacífica, hasta que la cordura prevalezca sobre la violencia y Chile encuentre su camino en el respeto y la concordia". La Iglesia cree en el diálogo. Y yo lo he dicho centenares de veces: cree en la concertación de todos en la búsqueda del Bien Común. Consecuentes con esta afirmación condenamos oportunamente el ingreso de armas al país. No es esa la manera de superar los problemas ni de enfrentar

positivamente el futuro. Lo he dicho y lo repito: Chile tiene vocación de entendimiento y no de enfrentamiento.

En estos aspectos, queridos hermanos sacerdotes, creo que tenemos una muy especial labor y responsabilidad. Debemos tener presente que como pastores somos los maestros, los conductores del Pueblo de Dios que se nos ha confiado. Somos como el espejo en el cual se miran los cristianos para la orientación de sus propias vidas hacia el Señor. ¿Qué imagen estamos dando? Pido a Dios que en todos nosotros se encuentre hecha vida la Oración de San Francisco que hemos rezado. Debemos ser muy cuidadosos en el testimonio, en nuestro ejemplo de piedad, de verdad, de justicia, de serenidad, de amor sin fronteras ni exclusiones. Sólo así, con la ayuda del Señor, será verdaderamente fecunda nuestra labor evangelizadora.

3.3. La Iglesia defiende al hombre.

La Iglesia defiende al hombre por mandato de Dios. A ella le corresponde velar por la dignidad de cada persona, por el desarrollo de su vida en su más alta plenitud. Como nos señalara el Santo Padre Juan Pablo II en la inauguración de la Conferencia de Puebla: "Si la Iglesia se hace presentér en le defensa o en la promoción de la dignidad del hombre, lo hace en la línea de su misión, que aún siendo de carácter religioso y no social o político, no puede menos de considerar al hombre en la integridad de su ser".

Los derechos humanos pueden considerarse desde distintos puntos de vista. Para la Iglesia son, en primer lugar, un imperativo teológico. Nuestra fe se verifica en lo que hagamos o dejemos de hacer en favor de cada persona humana. Por lo tanto, promover los derechos humanos, es promover los derechos de Dios. Por El hemos sido creados para ser sus hijos y redimidos para que tengamos una dignidad superior a toda creatura.

Los derechos humanos también son un imperativo moral. En su conjunto expresan la ley básica de la existencia humana. Por lo tanto, su respeto y su vigencia son el fundamento de cualquier realización cívica o política. Y en este campo de moral fundamental, la Iglesia tiene un aporte insustituible que hacer.

Los derechos humanos también están ligados al Bien Común. No cabe duda que la Constitución y las leyes deben promover su respeto y protección. Y la concepción de persona, de comunidad, de Nación, de Estado, condiciona la comprensión y el ejercicio de la dignidad humana.

La Iglesia considera parte de su misión, como lo decía el Papa, el hacerse presente en la defensa y promoción de la dignidad del hombre.

Me he detenido en estas consideraciones porque creo que en este campo se producen varias de las fricciones e incomprensiones con respecto a la misión de la Iglesia. Es urgente que todos los católicos se esfuercen por conocer profundamente la Doctrina Social de la Iglesia. Nosotros seremos juzgados en el amor, y no podemos desentendernos de las necesidades de nuestro prójimo. Eso sí que siempre con un testimonio muy transparente. Esto es lo que procuraron hacer nuestros hermanos Pierre, Jaime y Daniel al poner en práctica esta doctrina de la Iglesia en poblaciones que mucho han sufrido y que estos sacerdotes amaron de corazón. Así lo ha manifestado Pierre en el primer mensaje que enviaron desde su Patria natal: un mensaje de cariño, de gratitud y de no violencia. Y antes de partir dejó unas recomendaciones pastorales hermosas a quienes eran sus fieles colaboradores, que revelan su alma de pastor.

4.- QUEREMOS SER SIGNOS DEL SEÑOR.

Queridos hermanos sacerdotes: en el Sermón de San Agustín que leímos el domingo recién pasado en el Oficio, decía este eximio pastor: "Dios me ayudará para que diga cosas verdaderas, si yo, por mi parte, no pretendo exponer mis propias ideas... Si hablo no de mis pensamientos sino exponiendo la palabra del Señor, es el Señor quien os apacienta por mediación mía". Y continúa el santo: "El Señor, no según mis merecimientos, sino según su infinita misericordia, ha querido que yo ocupara este lugar y me dedicara al ministerio pastoral. Por ser cristiano deberé dar cuenta a Dios de mi propia vida. Por ser obispo deberé dar cuenta de mi ministerio. Por mi condición de cristiano debo pensar en mi salvación, en cambio, por mi condición de obispo debo ocuparme de la vuestra.."

Por eso es que los he convocado para rezar. Ustedes saben que soy muy consciente de mis limitaciones. No es fácil ser Pastor de casi 5 millones de habitantes ni estar presente, en forma simultánea, en los más diversos lugares y situaciones de esta inmensa urbe. Para ello cuento con mis Vicarios y Delegados Episcopales, a quienes aprecio y agradezco públicamente toda su labor. Para ello cuento también con ustedes, los colaboradores más cercanos en la misión del Obispo. Nuestra unidad en estos momentos, y siempre, es algo querido explícitamente por Dios. Es garantía de

nuestro espíritu eclesial y de que caminamos en la verdad. Necesitamos signos de amor por la unidad y la voluntad de lograrla. Necesitamos signos de cristianos que bendicen a Dios por haber sido hallados dignos de sufrir por su Nombre. Necesitamos signos de verdadera conversión al Señor, donde no haya sombra de odio, de rencor, de ofensa.

Yo les pido, por lo tanto, a ustedes que hagan suyas estas reflexiones mías y las comenten en cada una de sus comunidades. Y les pido que lo hagan en oración. Estas reflexiones forman parte del magisterio de su Pastor, madurado en oración. Tómennas con ese espíritu y pregunten al Señor qué debemos hacer para continuar acogiendo Su voluntad. Tengan ante sus ojos al Señor que se despojó de su rango y apareció como Servidor. En esa actitud se esconde el secreto profundo del Evangelio y de los planes de Dios. Consideren esta actitud de nuestro Dios y Señor Jesucristo, y no se dejen arrastrar por sentimientos ni pasiones; ni por la lógica de este mundo que busca devorar y humillar al adversario.

No dejen de invocar a la Santísima Virgen en su oración. Ella supo educar a su Hijo para que también asumiera humanamente la vocación de Servidor a la cual Dios Padre lo llamaba. Ella ha cantado en el Magnificat la alabanza al Dios que ensalza a los humildes. Ella nos da a gustar su sabiduría y, como Madre del Amor Hermoso, nos ayude a vivir la generosidad extrema que Ella vivió al pie de la cruz de Jesús.

Como Pastor y amigo de Uds. los bendigo de corazón, no sin antes agradecer nuevamente la generosidad de sus vidas entregadas al Señor. El, que no olvida ni siquiera el vaso de agua que se le da a los pequeños en su Nombre, no olvidará jamás el don de la propia vida que ustedes le han hecho para que El construya en este mundo su Reino de Amor, de Justicia, de Paz, y de verdadera Libertad.

+ JUAN FRANCISCO FRESNO LARRAIN
CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO.

Santiago, 15 de Septiembre Festividad de N. Sra. de los Dolores.